

Jóvenes "veteranos del 70"

Antología de **Carlos Olivárez**
Ediciones Melquíades, 1988

Por **Edmundo Moure**

En las cálidas tertulias del refugio López Velarde (casa del escritor, Simpson 7) bullen las más contrapuestas ideas e iniciativas. Algunas de ellas fructifican, no sin ciertos riesgos, como trasposición de autorías —por ejemplo— o materializaciones curiosas e impensadas para sus perpetradores.

El título de esta antología, "Los Veteranos del Setenta", se



debe a José Angel Cuevas, poeta, miembro por derecho propio de afanes, aventuras y obra literaria, de indiscutible origen estético, anímico y militante en esos feraces y turbulentos años de nuestro sueño socialista, breve pero hondamente arraigado en la conciencia de una notable generación que supo levantar una nueva esperanza con alegría, humor y desenfado (de los que hace gala Olivárez en el prólogo).

El ejercicio de una leal camaradería en la vieja casona de la SECh implica a veces compromisos atentatorios contra la ecuanimidad literaria. El meritorio trabajo de Olivárez se ve disminuido por claras omisiones, partiendo por una selectividad misógina...

Así, entre veintiún narradores incluye sólo a Eugenia Echeverría; de los veintiún poetas, una mujer: Cecilia Vicuña. Y es precisamente la mujer quien conquista espacios más amplios y enriquece con su obra a este grupo generacional de los 70, pese a que trascendentales reformas dignificadoras quedaron en letra muerta luego del colapso del 73, retornando al injusto estado de marginalidad histórica, situación que parecen refrendar los numerosos antologadores criollos. ¿Cómo es posible omitir a Delia Domínguez, Marta Blanco, Paz Molina, Natasha Valdés, Teresa Calderón y la propia Isabel Allende?

Llama también la atención que se haya incluido a José L. Rosasco, quien, pese a su trayectoria literaria, poco o nada tiene que ver con los "iluminados y coléricos" del 70, salvo que se le considere por irónica paradoja nacida de su ferviente rechazo a las premisas esenciales de aquel grupo señero. Un gran olvidado es, sin duda, Sergio Macías. Olivárez justifica su trabajo antológico por los textos escogidos, de primer nivel.

Entre los narradores destacan: Antonio Skármeta, Mauricio Wacquez, Ernesto Malbrán, Jaime Hagel, Fernando Jerez, Poli Délano, Antonio Avaria y el propio antologador, hábil y eficaz en la ficción narrativa; de los poetas, José Angel Cuevas, Juan Cameron, Oscar Hahn, Hernán Miranda, Gonzalo Millán, Floridor Pérez, Cecilia Vicuña y Raúl Zurita...

El aporte fundamental de esta obra es ofrecer al lector una visión certera de un grupo bien perfilado que aspira a integrar (el tiempo lo dirá) una generación literaria que algunos llaman "dispersa", signada por esa fugaz estela lumínica que estalló en septiembre del 70, para ser abatida y disuelta mil días después, en ese violento contra-sueño que dura ya quince años.

La mayor parte de los autores incluidos ha vuelto al seno de la tribu, recuperando su bagaje esencial: la lengua matriz. Escritores maduros, en pleno proceso creativo, desarrollan y amplían sus campos de influencia para nutrir con su joven veteranía a las generaciones posteriores, un tanto desarraigadas por esa "mala historia" que pretende desconocer la tradición viva de una herencia literaria singular en América.